

Moyano

domingo 22 de abril de 2001



el **attillo** de la cultura

Nº 408



Reinaldo Arenas

El escritor que buscaba el mundo

Pág. 4

*Los 90 años del Museo
Juan Cornelio Moyano*

Pág. 2

Libros y lecturas

Pág. 6

*En el Día del Libro, la
primera imprenta mendocina*

Pág. 8

señalador

El poeta y su objeto

◆ "En principio, todo poema configura una relación entre subjetividad y objeto. En general, uno elige un 'yo' posible, en mi caso, devaluado porque creo que en un momento en que se habla del fin de todo -del fin de la historia, del fin de las ideologías, de la muerte del sujeto- afirmar una voz lírica en un 'yo' eclipsado y devaluado es importante. Esa relación cambia de poema en poema y de libro en libro".

Alicia Genovese

◆ "El único objetivo que me pongo a la hora de escribir es que el poema constituya una realidad en sí misma, hable de lo que hable. La mayor dificultad radica en tener que tratar la resistencia de la palabra. Mi planteo es trabajar sobre todas mis imposibilidades: no puedo ser Baudelaire, ni San Juan de la Cruz ni Raúl González Tuñón. Sobre ese tipo de limitaciones reflexiono".

◆ "Yo no podría decir que ese sujeto que aparece en mis poemas soy yo... no podría decir siquiera que hay un programa de mi parte en la construcción de ese sujeto fragmentado. Hay, más bien, un intento de averiguar si ese sujeto existe en la confrontación con lo que aparece ante sus ojos".

◆ "No me interesa dar un registro del mundo sino sencillamente tener algo contra lo que probar la palabra: puede que lo vea, lo imagine o lo recuerde. Lo importante es que sea algo que se resista al contacto con la palabra, de la misma manera que para un escultor el mármol se resiste a su intento de darle forma. Vivimos en una época en la que sabemos poco quiénes somos y qué es lo que tenemos enfrente, y se trata de ir probando distintos caminos hasta hallar algunas posibilidades que permitan al lenguaje encontrar un tipo de significancia y se reencuentre con lo que no es".

Daniel Freidemberg

◆ "Un buen intento de explicación acerca de mi relación con un objeto puede surgir de la comparación entre la mirada de un poeta y un filósofo: cuando un filósofo mira por ejemplo un árbol piensa '¿Qué habrá detrás?, ¿Dónde estará la verdad?', mientras que cuando un poeta mira el mismo árbol piensa 'Las hojitas, la luz que reverbera en las hojitas, ay'. A mí me pasa eso: creo que algo del orden de la immanencia se filtra en la estructura del poema. Jean Baudrillard dice que lo que el ser quiere es justamente 'ser', pero que lo que hace de él un ser humano es la posibilidad de recortarse del ser frente al rostro del otro".

◆ "Lo lírico es siempre arcaico y generalmente subversivo en su fe. Yo no transcribo las voces populares; soy habitada por ellas, visitada. Y tampoco rescato nada porque nada de eso permite ser rescatado. Esas voces me atraviesan y andan en algún sitio de la memoria. Para mí, las voces de esos pueblos son eternas, pura vanguardia, porque están amasadas y brillan como un canto rodado".

Diana Bellesi

◆ "Tengo ceguera casi absoluta frente al objeto. Creo que si tomo conciencia se transforma en tema y empiezo a escribir con reticencia... me parece que en esas condiciones el poema no acontece. Tal vez, los críticos tengan mayor posibilidad para detectar objetos en nuestros poemas. En mis trabajos en particular noto cierta disolución del objeto y podría decir que también del sujeto. Las sensaciones a la hora de escribir me remiten a un estadio intrauterino en donde las posiciones del sujeto generan un relato".

Tamara Kamenszain



San Juan de la Cruz.



Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Juan Cornelio Moyano"

Cuando las piedras

Por ADRIANA MICALE

Los museos, esos antiguos templos de las Musas, destinados luego a la erudición, las ciencias y las artes, son hoy parte de nosotros mismos. De profundo valor cultural, sustentados fundamentalmente en las riquezas históricas, artísticas y humanas, son importantes centros de convivencia social, de atracción turística y de entendimiento nacional e internacional. Poseen elementos y objetos de valor que los hace únicos, y son instrumentos de educación indispensables para el crecimiento de una sociedad. Mendoza posee su propio templo del saber, el Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "Juan Cornelio Moyano" que, a sus noventa años, se mantiene exhibiendo importantes logros y algunos fracasos.

La creación de un entomólogo

Surgido de un proyecto racional y metódico, de una mente que conocía sobre el tema, de una evaluación entre diferentes especialistas y de la decisión política de un gobernante, el actual museo vio la luz en abril de 1911 (Res. Nº 69), durante el gobierno de Rufino Ortega hijo. Su creador y después

Creada en abril de 1911, esta institución cumple 90 años. Su formación, sus tesoros y sus anécdotas.

director Carlos Samuel Reed, venido de Chile como entomólogo, llevó a la práctica un proyecto que tenía en mente para Mendoza luego de haberlo puesto a consideración en un congreso científico internacional organizado en Buenos Aires. Con una estructura similar a la del museo de Ciencias Naturales de Concepción, en Chile, y con la incorporación de las observaciones hechas por científicos, la provincia logró su primer museo de ciencias naturales al que llamó décadas después: "Juan Cornelio Moyano" en honor de su ex gobernador. Este mandatario había dado años antes el puntapié inicial para la creación de una institución modelo que permitiera hacer conocer, divulgar y valorizar las riquezas de la provincia. Su muerte en 1859, los vaivenes políticos del momento, y el terremoto del '61, dejaron trunca esa iniciativa paralizándose parte de la vida cultural local. Reed llenó el primitivo museo -en calle San Lorenzo 727, de Ciudad- con donaciones que hicieron algunos particulares. Nombres

como los de Edmundo Correas, Emilio Cerioto y Jacinto Anzorena, entre los más conocidos, aparecieron entregando parte de su patrimonio cultural privado convencidos de la importancia del museo. También el propio Reed hizo lo suyo donando las primeras colecciones de vertebrados al museo.

Éxitos, fracasos y mudanzas

Los comienzos fueron venturosos aunque anárquicos en su composición. Debido a las donaciones de peces, reptiles, huacos peruanos, un sillón que había pertenecido al general San Martín, prendas de vestir y objetos incaicos, el gobierno dispuso su traslado a un sitio más grande. También la incorporación de un ayudante para la institución venido de Buenos Aires. Una vivienda en la calle Alto Godoy y prolongación Sarmiento de la época -actuales Tiburcio Benegas y Emilio Civit-, la contaron entre sus domicilios. En este tiempo se planteó una política de puertas abiertas hacia la sociedad,

Rusconi y Tellechea

Discípulo de Carlos Ameghino y Lucas Kraglievich, y miembro de número de la Academia de Ciencias de Buenos Aires, Carlos Rusconi se hizo cargo del museo en 1937 y por espacio de 31 años. Sus aportes al conocimiento geológico, antropológico y arqueológico fueron múltiples y de gran valor. A él se deben entre otras cosas estudios que aseguran que en Mendoza hubo cuencas marinas durante el Paleozoico. En colaboración con Tellechea halló el primer resto de *Laberintodonte* al oeste de Mendoza. También un esqueleto fósil de *Ictiosaura*, un reptil extinguido ya hace más de 160 millones de años. Durante su gestión salió a la luz la *Revista del Museo de Historia Natural de Mendoza* que sirvió para dar a conocer las investigaciones y viajes que desde el museo se hacían. Rusconi fue un progresista dentro de la institución. Llamó las cosas por su nombre y le otorgó sustento científico. Dejó de lado la tradicional organización que le había dado Reed para departamentalizar el museo. Fue un hombre muy criticado en su época pero que supo darle al museo su importancia real.



Juan Cornelio Moyano, gobernador mendocino por quien lleva el nombre el museo.



Dos vistas del notable material paleontológico y arqueológico que exhibe el museo.

cuentan la historia

recibiendo numerosos visitantes y brindando servicios de investigación e información a las dependencias del gobierno que lo requirieran. Numerosos serán los problemas que caractericen el normal desenvolvimiento del museo a lo largo de su historia: falta de apoyo político, falta de presupuesto, de vivienda propia y espacio para las colecciones, y un desorden generalizado producto de la estrechez de las viviendas. En 1914, gracias al empuje puesto por el director general de escuelas, profesor **Manuel P. Antequeda**, el museo se trasladó al edificio del Kindergarten, un soberbio edificio construido para la atención y educación de los niños. Ubicado en calle Belgrano 970 de Ciudad, este organismo desarrolló sus actividades normalmente hasta 1954, fecha en que el edificio fue demolido para lotear la zona y venderla a particulares. El museo no volvió a vivir otra época de esplendor como ésta. En 795 metros cuadrados, habitaciones iluminadas y espaciosas, dotado de un quiosco, baños, talleres de carpintería y herrería; salas destinadas a botánica, geología, mineralogía, paleontología, taxidermia, zoología, y laboratorios, la vida de la institución floreció. La publicación de la *Revista del Museo Natural de Mendoza*, obra de su director **Carlos Rusconi**, así lo atestiguó.



Orientado a la investigación científica de campo en diferentes zonas de Mendoza y con una sección pedagógica destinada a formar jóvenes inquietos, el "Cornelio Moyano" se convirtió en el tercero en importancia en el país. Los museos de La Plata y el de Buenos Aires le antecedieron respectivamente.

De la plaza a Playas Serranas

Las gestiones que siguieron a Rusconi se

orientaron más a la administración y conservación del patrimonio del museo, que a la investigación, publicación de los resultados e intercambios con otros pares del país y del mundo. La mudanza le llegó en los años '60. El museo fue trasladado al corazón mismo de la plaza Independencia. En un sótano oscuro y húmedo, pequeño e incómodo, sin baños para el personal y los visitantes, las colecciones fueron reducidas a su mínima

Manos mágicas

Durante el traslado de 1963 desapareció la colección de facsímiles de piedras preciosas compuestas por esmeraldas, aguamarinas, diamantes y zafiros. Se trató de las réplicas del *Gran Mongol* de 793 kilates, el *Egen*, el *Orloff*, el *Nassah* que había usado el Sha de Persia, la *Estrella del Sur*, el *Pacha* de Egipto y el famoso *Hope Blue* que se perdió durante el hundimiento del *Titanic*. Años después desaparecerían dos cabezas reducidas de los indios jíbaros del Ecuador, de incalculable valor.

expresión perdiéndose el valor original de las mismas. Desaparecieron obras en forma misteriosa y otras se vieron dañadas producto de la mudanza. El museo no recuperó su brillo. En los '80 la institución debió emigrar nuevamente a otro destino: el edificio de Playas Serranas, en el parque General San Martín. Aunque este sitio no es el definitivo, ya que deberá devolverlo en el año 2034 al Ministerio de Economía, según consta en las resoluciones, hoy posee un espacio amplio, luminoso, con orden en sus objetos y atractivo para sus visitantes. Firme en sus 90 años de vida, el museo "Cornelio Moyano", espacio ideal para reencontrarnos con la cultura de nuestro pasado, se mantiene de pie a pesar de la burocracia ineficiente de los gobiernos de turno. La sola presencia de cientos de visitantes a lo largo de los años así lo atestiguan.

El joven naturalista

Carlos Samuel Reed dio sus primeros pasos entre los reinos mineral, vegetal y animal. Su padre, el famoso naturalista **Edwyn Charles Reed**, fundador de los museos de Historia Natural en Valparaíso (1878) y en Concepción (1902), despertó en él una pasión hacia la historia natural marcándolo de por vida. Llegó a Mendoza, procedente de Chile, en 1908, contratado por el gobierno de **Emilio Civit**. Este magnífico gobernante lo había tentado para que viviera en la provincia desempeñándose como entomólogo en la Dirección de Industrias de Mendoza. Sus primeras actividades las desempeñó en la Escuela Nacional de Enología, en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal Provincial, donde ideó el proyecto de crear un museo de historia natural. Reed, que fue director del museo "Juan Cornelio Moyano" durante doce años, fue también miembro correspondiente de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales y de la Sociedad Ornitológica del Plata. La cultura mendocina está en deuda con su nombre.



Acto de inauguración de la Escuela de Taxidermia del museo a fines de los años '20. Juan Draghi Lucero (el primero de la izquierda en la foto) estaba dando en ese momento una clase sobre apicultura.